

mostró con el tiempo tan gran codicia, que defraudó y se apropió bienes hasta de la Iglesia. Oyendo un día leer en el templo el versículo 5, 8 del profeta Isaias, que dice: «¡Ay de aquellos que juntan una casa á la otra y un campo al otro hasta que nada cabe entre ambos y ellos poseen toda la tierra!» exclamó segun cuentan: «Este ay se refiere á mí y á mis hijos.» Dejó cuando murió un solo hijo, el cual al morir sin sucesión legó la mayor parte de su hacienda á las iglesias á quienes su padre habia defraudado.

»Este bondadoso rey Gontram, — sigue diciendo San Gregorio, — tomó por concubina á Veneranda, sierva de uno de sus guerreros, de la cual tuvo un hijo llamado Gundobado. Despues se casó con Marcatruda, hija de Magnacaro (1), y envió á su hijo Gundobado á Orleans; pero Marcatruda, cuando tuvo tambien un hijo, buscó medios de matar al de su marido, y lo consiguió enviándole, segun se dice, una bebida envenenada. Muerto que fué Gundobado, murió tambien el hijó de Marcatruda por efecto de la justicia divina, y con esto se atrajo el odio del rey, que la repudió, y ella murió tambien al cabo de poco tiempo. Tomó luego el rey por esposa á Austrigilda con el sobrenombre de Bobila, la cual le dió dos hijos, Clotario, el mayor, y Clodomiro, el menor.»

Al parecer, era costumbre el conservar los mismos nombres en las familias no solo de la casa real sino de las demás de los francos, segun ya hemos visto por otros ejemplos y veremos mas adelante.

Hablando de Chariberto dice San Gregorio:

«El rey Chariberto tomó por esposa á Ingoberga, que le dió una hija llamada Aldeberga (2). Ingoberga tenia entonces dos criadas, hijas de un pobre trabajador lanero: la mayor se llamaba Marcovefa y llevaba hábito, y la menor Merofleda. El rey tenia á ambas gran cariño, y la reina, poseida de celos, hizo un día trabajar al padre de las criadas, á fin de que el rey se avergonzase de ellas. Llamó al rey cuando el hombre estaba trabajando; acudió Chariberto, creyendo que se trataba de alguna novedad, y viendo desde lejos al hombre cómo trabajaba la lana se enfadó y en lugar de avergonzarse de las muchachas, dejó á Ingoberga y se casó con Merofleda. Tomó además otra esposa, Teodequilda, hija de un pastor, de la cual dicen tuvo tambien un hijo, que murió apenas hubo nacido y fué enterrado.»

Este es otro ejemplo característico de las costumbres rudas que hasta los reyes francos conservaban á pesar de estar ya educados en el cristianismo; y como San Gregorio nada dice de que la Iglesia les dirigiera amonestaciones, puede admitirse que el clero se contentó por lo pronto con que los francos se llamaran cristianos, aunque lo fueran solo en el nombre; y por otra parte, aquel clero andaba mas ocupado en intrigas ambiciosas y en envidias que en hacer comprender y observar á los reyes bárbaros la moral cristiana.

Sigamos á nuestro historiador:

«En tiempo de este rey, Leoncio, obispo de Burdeos, estando reunidos en concilio en Saintes los obispos de su provincia (3) (eclesiástica), expulsó al obispo Emerio de su obispado por no haberlo recibido canónicamente, sino por un decreto del rey Clotario, faltándole la aprobacion de su metropolitano, que á la sazón estaba ausente. Expulsado ya Emerio, los de Saintes dirigieron una exposicion al rey en la cual le suplicaban que nombrara para la vacante á Heracleo,

(1) Un jefe de guerra que los autores latinos de entonces llamaban *dux*. Mas adelante hablaremos de sus hijos.

(2) O Berta (Alberta), que se casó con el rey Etelberto de Kent, en Inglaterra, y fué grande auxiliar de San Agustín y compañeros en la conversion de los anglo-sajones al cristianismo.

(3) Este concilio cae en el año 562 ó 564.

á la sazón sacerdote en Burdeos, y la enviaron, firmada por todos, por el mismo sacerdote al rey Chariberto. Heracleo, al llegar á Tours, enteró al santo obispo Eufronio de lo sucedido y le suplicó que añadiera su firma á la exposicion, á lo cual el santo varón se opuso en absoluto. Llegado que hubo á Paris Heracleo presentóse al rey y le dijo: «Salve, rey glorioso, la silla apostólica te envia sus mayores bendiciones (4).» Contestóle el rey: «¿Has ido por ventura á Roma para traerme el saludo y bendicion del Papa?» «No, señor, — le respondió el sacerdote, — tu Leoncio y los obispos de su provincia te envian el saludo y te hacen saber que han destituido á Emerio de su obispado de Saintes porque lo habia obtenido ilegalmente faltando á los cánones; por esto te envian los reunidos en Saintes esta exposicion á fin de que otro ocupe la vacante, que se castigue como merece al transgresor, y que se conserve el poderío de tu reinado hasta los tiempos mas lejanos.»

Quería decir esto que acatando el rey los sagrados cánones como poder superior á la regia voluntad, podia contar con fama eterna y fortuna permanente; pero esta vez esta intimacion acompañada de halagos no produjo el deseado efecto, porque el rey mantuvo el nombramiento hecho por su padre. San Gregorio sigue diciendo:

«Al oír esto el rey crujió los dientes y mandó sacar al sacerdote de su presencia, sentarle sobre un carro cargado de espinos y conducirlo así al destierro, diciéndole: «¿Te figuras tú que de los hijos de Clotario no ha quedado ninguno que mantuviera su voluntad porque á esa gente le ha entrado el capricho de destituir sin nuestro consentimiento á un obispo elegido por él?» Inmediatamente envió á algunos eclesiásticos con orden de restablecer al destituido en su puesto, y con ellos á varios de sus camarlangos, que hicieron pagar á Leoncio mil florines de oro y castigaron á los demás obispos segun sus medios. Así quedó vengado el insulto hecho al rey.»

Lo mas interesante de este caso es que si bien San Gregorio, tan rígido en materia eclesiástica, no alaba directamente al rey, tampoco desaprueba su conducta, ni defiende tampoco á los obispos del concilio de Saintes. El no menos piadoso Venancio Fortunato colma al rey de alabanzas, ensalza sus virtudes y hasta su elocuencia y maestría en la lengua latina, diciéndole: «¡Qué tal sabrás tu idioma propio cuando vences en el nuestro á nosotros, romanos!»

Despues, dice San Gregorio, el rey Chariberto se casó con Marcovefa, hermana de Merofleda, por lo cual el santo obispo German excomulgó á ambos (¡al fin!), porque la Iglesia prohibia el casamiento con la hermana de la esposa anterior, y tambien condenaba el concubinato en vida de la esposa legítima y el repudio de ésta sin motivo legal. Pero como el rey no quiso separarse de Marcovefa, les alcanzó el castigo de Dios: ella murió luego y el rey no mucho despues en Paris, probablemente en el año 567.

CAPITULO V

DESDE LA MUERTE DE CHARIBERTO
Y LA DIVISION DEL IMPERIO EN 567 HASTA LA MUERTE
DE SIGEBERTO EN EL AÑO 575

Los territorios de Chariberto se repartieron entre sus hermanos Chilperico, Sigeberto y Gontram; pero como no se ha conservado el convenio que éstos hicieron, nos hemos de

(4) Entonces llamábanse sillas apostólicas todas las iglesias metropolitanas y tambien otras, como los obispos metropolitanos se titulaban *papas*, aunque el de Roma pretendia ya para sí exclusivamente este nombre y aquel.

guiar retrospectivamente por el de Andelot, hecho en el año 587, conforme veremos mas adelante. Este nuevo reparto no podia menos de dar lugar á una contienda sangrienta entre los reyes francos aunque hubiesen sido menos feroces y codiciosos de lo que eran, porque hasta quedaron divididas en tres partes ciudades del territorio que habia sido de Siagrio, como Paris y Senlis, tocando á cada hermano una parte. Además, recibió Gontram los territorios mas orientales, y Chilperico á Burdeos, Limoges, Cahors, Bearn y Bigorre, y les dió en dote á Galsuinta (1). Sigeberto recibió á Tours, Poitiers y otras ciudades, inclusa la parte de la Provenza que habia pertenecido á Chariberto, y Chilperico obtuvo probablemente el resto que le faltaba para ser dueño de toda la Armórica.

Muerto Chariberto, Teodequilda (2), que habia sido esposa del difunto, envió un mensaje al rey Gontram ofreciéndosele por esposa, y Gontram contestó al mensajero: «Que venga si le place con sus tesoros (joyas); me casaré con ella y la elevaré al primer puesto entre los de mi pueblo, tanto que gozará en mi compañía mayores honores que gozó con mi hermano difunto.» Esta contestacion llenó á la mujer de gozo; reunió todo cuanto podia y se fué á la corte de Gontram, el cual, cuando la vió, dijo para sí: «Mas vale que estos tesoros queden en mi poder que no en el de esta mujer, que fué indigna (por su bajo linaje) de compartir el lecho de mi hermano.» Con esto le quitó la mayor parte de lo que llevaba y con lo que le dejó la obligó á entrar en el convento de Arles. Inútil es decir que semejante mujer no pudo acostumbrarse á ayunos y vigiliás, por cuya razon envió en secreto un mensajero á un godo para proponerle que la llevara á España y se casara allí con ella, en cuyo caso se evadiría del convento con sus joyas y le seguiría contenta. El godo aceptó sin titubear; pero cuando ella ya habia reunido sus alhajas y hecho su lio iba á fugarse, fué cogida *in fraganti* por la vigilante abadesa, llamada Lilola, la tercera desde la fundacion del convento, la cual la hizo azotar duramente y encerrar en un calabozo, de donde no salió mas y padeció muchísimo hasta el fin de su vida.

Viendo el rey Sigeberto que sus hermanos, faltos de punonor y de nobles sentimientos, habian tomado mujeres indignas de ellos por su baja extraccion, pensó en proceder de otra manera, y envió en el año 566 una embajada con grandes presentes á España al rey Atanagildo, que reinó desde el año 554 hasta 567, segun dijimos en la primera parte de esta obra, para pedir la mano de su hija Brunequilda, doncella elegante, hermosa, casta, de modales y conversacion agradables y muy discreta, como la canta el ya citado historiador Venancio Fortunato en estos términos:

Pulchra, modesta, decens, sollers, grata atque benigna, ingenio vultu, nobilitate potens.

El padre de la jóven convino en el casamiento y la envió al rey con grandes riquezas. Sigeberto celebró sus bodas con fiestas y regocijos nunca vistos, á los cuales invitó á los grandes de su reino, y la novia, que hasta entonces habia pertenecido á la iglesia arriana, fué convertida al catolicismo por los sermones de los obispos y las reflexiones que le hizo el rey, y creyendo ya en la Santísima Trinidad recibió el crisma y siempre se mostró buena católica.

El rey Chilperico, hermano de Sigeberto, quedó tan entusiasmado de este casamiento régio, que no obstante haber tenido ya muchas mujeres sin que la Iglesia se hubiese acordado de salir en defensa de la moral cristiana, solicitó por

(1) Véase respecto de ésta la primera parte de esta obra.

(2) La hija del pastor que habia tomado por esposa ó manceba en el último período de su vida.

esposa á la hermana de Brunequilda, Galsuinta, probablemente á principios del año 567, porque en el curso del mismo murió el rey visigodo Atanagildo. A éste envió Chilperico su embajador con el encargo especial de asegurar á su futuro suegro que estaba pronto á separarse de sus demás mujeres si se le consideraba digno de tener por esposa una mujer de su categoría, hija de rey. Atanagildo lo creyó y envió á su hija al pretendiente, como la primera, con grandes riquezas. Galsuinta, que era la mayor de las dos hermanas, fué recibida por su novio el rey Chilperico con grandes honores y se celebró el casamiento en Ruan. «Su esposo la amó mucho, — añade San Gregorio, — porque le habia traído muchas riquezas.»

Esta última frase del buen obispo de Tours pinta mejor que nada el grado de sentimentalismo que entonces alcanzaban francos y latinos. Dejemos hablar á nuestro historiador:

«Tambien se convirtió á la iglesia ortodoxa y recibió el crisma; pero el amor que el rey profesaba á Fredegunda, ya mucho antes de casarse, originó grandes desgracias entre los esposos. Galsuinta no cesaba de quejarse de la conducta del rey, que la postergaba á Fredegunda, y hasta le suplicó que se quedase con sus joyas y riquezas y la dejase volver libremente á su país. El rey puso en juego toda clase de ardidés y arterías para disuadirla de su empeño; pero al fin, viendo que no lo conseguía, la hizo estrangular por un criado suyo y la pobre fué encontrada muerta en su lecho. Dios entonces hizo un milagro, porque una lámpara suspendida junto al sepulcro cayó rompiéndose la cuerda sin que nadie la tocara, y como si las losas del suelo fuesen de algun material blando se hundió en ellas sin romperse, quedando casi cubierta por la piedra. Cuantas personas lo vieron quedaron de semejante milagro atónitas.»

»El rey lloró pocos días á la difunta y volvió en seguida á unirse con Fredegunda. Esto hizo suponer á sus hermanos que él habia causado la muerte alevosa de la reina, hecho que podria servirles de pretexto para expulsarle de su reino y repartírselo. Sin embargo, el único móvil de toda aquella indignacion debió de ser Brunequilda, la hermana de la difunta. Gracias á la mediacion de Gontram el Bondadoso, se compuso todo por medio de un convenio, por el cual Chilperico, por via de indemnizacion, segun el uso germánico, cedió en propiedad á la hermana de la víctima las cinco ciudades de la difunta.

«Si no hubo esta vez guerra entre los dos hermanos y cuñados, Sigeberto y Chilperico, la hubo entre Sigeberto y Gontram, no sabemos por qué motivo. El rey Sigeberto quiso apoderarse de la ciudad de Arles y puso sobre las armas las fuerzas de Clermont-Ferrand, mandadas por el magistrado supremo de este municipio, Fermin, á cuya hueste se agregó otra que condujo Andovaro. Entraron efectivamente en Arles y pidieron que la poblacion jurase fidelidad al rey Sigeberto. Gontram, por su parte, envió allí su hueste á las órdenes del patricio Celso. Esta hueste tomó á Aviñon y desde allí se dirigió á Arles y la cercó. Entonces dijo el obispo Sabauda, de esta ciudad, á las fuerzas de Sigeberto que la tenían ocupada: «Salid y pelead, porque encerrados dentro de nuestras murallas no podeis proteger ni la ciudad ni á sus habitantes. Si venceis al enemigo con la ayuda de Dios, os guardaremos la fidelidad que os hemos prometido, y si venen los contrarios, encontrareis abiertas las puertas de la ciudad y entrareis antes que el enemigo os alcance.» Los guerreros francos cayeron en la trampa y salieron á luchar con el enemigo; pero cuando derrotados por el ejército de Celso quisieron volver á entrar en la ciudad huyendo del enemigo, encontraron las puertas cerradas. Entonces, viéndose atacados por la espalda por los enemigos con sus venablos y por

Avito pueda practicar por mucho tiempo todavía tan grandes virtudes y todo cuanto es agradable á Dios, que logre exterminar la concupiscencia en todos y plantar en su lugar la verdadera castidad como la quiere Dios!

»Después del sínodo de Paris (1) que destituyó al obispo Safaraco, murió el obispo *Sacerdos* de Lyon y le sucedió San Nicecio, recomendado por el difunto, antes de morir, para este puesto, conforme hemos referido en el libro que contiene su historia (2). Sin descuidar las oraciones era muy aficionado á edificar iglesias y casas, á la labranza y á cavar las viñas. De esta manera habia administrado su obispado veintidos años cuando el Señor le llamó á su seno y ahora efectúa grandes milagros en las personas que visitan su tumba é invocan su auxilio. A muchos ciegos ha devuelto la vista con el aceite de la lámpara que arde siempre junto á su sepulcro; ha expulsado los espíritus malignos de los cuerpos de los poseídos; ha devuelto la salud á los paralíticos, y todos los enfermos le consideran en el día como un salvador poderoso.»

Aquí tenemos, pues, á uno de estos eclesiásticos á los cuales se debe haber salvado de un completo olvido las prácticas agrícolas de los antiguos. Esto no quiere decir que aquellos eclesiásticos, como hijos de su tiempo, no tuviesen tambien sus vicios, conforme resulta de lo que copiamos antes y ahora de la historia escrita por el mismo San Gregorio, que por cierto estaba muy léjos de exagerar los defectos del clero y de encontrar placer en referirlos.

«Sucedió á Nicecio el obispo Prisco, el cual y su mujer Susana (3) empezaron á perseguir y matar á muchos que habian sido amigos de su piadoso predecesor, no porque se les hubiese probado ningun delito, ni cogido en algun hurto ó fraude, sino solamente por la malicia y odio que les inspiraban todos los que habian profesado afecto á Avito. Prisco y su mujer hablaban muy mal de este santo varon. Los obispos anteriores habian observado desde largo tiempo la regla de no dejar penetrar á mujer alguna en la casa que habitaban el obispo y el clero, pero esto cesó en tiempo del nuevo obispo, cuya mujer y sus criadas entraban aun en las reducidas celdas que servian de dormitorios á santos varones, hasta que la majestad de Dios ofendida se vengó de este escándalo en la familia del obispo Prisco. Su mujer, poseída de un demonio, recorrió furiosa con la cabellera suelta toda la ciudad, suplicando al santo que tuviera misericordia de ella, pues habia conseguido con sus quejas que Dios enviara á esta mujer un demonio, ó por lo menos, habia permitido Dios que el demonio se apoderara de ella. Así confesó esta mujer lo que habia negado cuando estaba en su cabal juicio, á saber, que aquel santo (Avito) gozaba de la proteccion y amor particular de Cristo. El obispo, entretanto, se vió atacado de cuartanas y se quedó tembloroso é imbécil despues de haber curado de la fiebre. Su hijo y todos los de su casa adquirieron un color pálido y un aspecto imbécil, de modo que nadie podia dudar ya de que la virtud milagrosa del santo los habia castigado. Sin embargo, no por eso dejaron Prisco y su familia de hablar en términos indignos del santo, diciendo que seria amigo de ellos cualquiera que dijera mal de Avito.

»Nicecio habia renovado y hermoheado la casa colegiata, y cuando hubo muerto subió al tejado de la misma casa un diácono á quien aquel obispo habia excomulgado muchas veces por adulterio y hecho azotar sin haber conseguido jamás enmienda. El diácono descubrió algunas tejas y ponién-

(1) Este segundo sínodo de Paris se celebró, segun Coincio, en el año 551, y segun Sirmond en el año 555.

(2) *Vite Patrum*. San Nicecio era tío de la madre de San Gregorio.

(3) Entonces no se habia introducido en la Iglesia el celibato absoluto del clero y los obispos podian casarse y se casaban.

dose de pié sobre una viga, dijo: «Gracias á Jesucristo que, muerto ya el malvado Nicecio, puedo pisotear este tejado.» Apenas hubo pronunciado la última palabra cuando cedió la viga de roble bajo sus piés y el hombre cayó y murió aplastado.

»Continuando el obispo y su mujer en su conducta perversa, apareció el santo á un abad en sueños y le dijo: «Vé y dí á Prisco que se convierta y que convierta sus actos malos en buenos; tambien dirás al sacerdote Martin: porque tú consientes estas perversidades serás castigado, y si no dejas tu perversidad, morirás.» Despertado que hubo el abad, dijo al diácono: «Tú que estás bien quisto en la casa del obispo, vé, te lo suplico, y dí esto al obispo y al sacerdote Martin.» Prometió hacerlo el diácono, pero despues titubeó y no se atrevió á decir nada. Entonces se le apareció el santo y le dijo: «¿Por qué no has hecho lo que el abad te ha encargado?» y diciendo esto, le dió de puñetazos en el cuello. A la mañana siguiente, el diácono, con el cuello hinchado y con grandes dolores, fué á comunicar á los dos interesados todo lo que le habian encargado, pero ellos hicieron poco caso del aviso, diciendo que eran divagaciones de la imaginacion y ensueños vanos. El sacerdote Martin cayó inmediatamente enfermo de calenturas, de las cuales sin embargo curó, mas como continuara halagando al obispo y aprobando las perversidades que cometia y las injurias que proferia contra el santo, volvió á coger las fiebres y murió.

»Tambien murió en el mismo tiempo que San Nicecio y cargado de años San Friardo (4), célebre como aquel por su conducta santa, sus grandes obras y su vida siempre noble. Cuando expiró y el obispo Félix de Nantes entró, tembló toda la celda, y para mí no cabe duda de que aquel temblor era obra de ángeles. El obispo lavó el cadáver, lo vistió conforme requeria y le dió sepultura.

»En aquel tiempo fué nombrado por el rey Sigeberto conde (gobernador) de la ciudad de Javols (5) (*urbs Gaballitana*), Paladio, hijo del difunto Britiano, magistrado municipal supremo tambien, y de Cesarea. Entre este nuevo administrador del municipio y el obispo Partenio nació una disputa que alborotó todo el pueblo; Paladio cubrió al obispo de improperios, habló mal de él y saqueó los bienes de la Iglesia y de sus representantes. Despues, enconándose la disputa, llevaron su contienda ante el rey, en cuya presencia se hicieron mútuas reconvenções, llamando Paladio al obispo afeminado y diciéndole: «¿Dónde están tus maridos con los cuales vives en repugnante contubernio?» La venganza divina se encargó de la defensa del obispo. Al año siguiente fué destituido Paladio de su magistratura en Javols y volvió á Clermont, donde Romano solicitó aquella magistratura; y encontrándose ambos un dia, entraron en disputa sobre este puesto elevado. Paladio oyó que Sigeberto habia decidido su muerte, lo cual resultó ser una noticia falsa esparcida directamente por Romano para espantar á su contrincante, el cual, sin embargo, quedó tan aterrorizado que quiso suicidarse. Su madre y su cuñado Fermin no le perdieron de vista para que no realizara lo que habia resuelto en su mente irritada; pero pudo engañar la vigilancia de su madre y retirarse al dormitorio; allí desenvainó la espada y sosteniendo el puño entre sus piés, precipitose sobre la punta del arma, que le penetró por un pecho hasta el espinazo. Volvióse á poner derecho y se atravesó todavía el otro pecho y murió. No podia haber cometido semejante crimen

(4) Era uno de los cenobitas que solian vivir en los monasterios. Este Friardo vivia en una isla llamada Viudunita, en la diócesis de Nantes.

(5) Hoy aldea en el departamento del Lozère; por supuesto, ya no tiene ni catedral ni obispo.

sin el auxilio del diablo; digo esto, porque á no ser así, habria muerto del primer golpe. Medio muerta acudió su madre y se dejó caer sobre el cadáver de su hijo. Toda la casa lamentó la desgracia. El cadáver fué llevado al convento de Cournon (Chrononense), cerca de Clermont, donde fué sepultado, pero no junto á los cristianos, ni tampoco se le dijo la misa. Todo esto le ha pasado evidentemente por la ofensa que habia hecho al obispo.»

»Eunio, alias Múmolo, fué elevado por el rey Gontran al patriciado. Era hijo de Peonio, magistrado supremo (conde) del municipio de Auxerre (Antisiodorensis), y cuando este último fué reelegido en su cargo por otro período, envió á su hijo al rey con los regalos de costumbre para obtener la confirmacion real; pero el hijo con los regalos de su padre solicitó el empleo de éste para sí y lo obtuvo. Desde entonces fué subiendo paso á paso á puestos mas y mas importantes (1); porque se habia ya distinguido por su talento militar cuando Chilperico se apoderó de Tours y Poitiers (2), y mas adelante recogió mayor fama rechazando á los longobardos en sus expediciones á las comarcas vecinas de la Galia.

»Para recobrar aquellas ciudades habíase aliado Sigeberto con Gontran, y ambos nombraron general de la expedicion armada al mismo Eunio Múmolo. Este marchó contra Tours, de cuya plaza expulsó á Clodoveo, el hijo de Chilperico, hizo jurar á los vecinos fidelidad al rey Sigeberto y se dirigió á Poitiers. Dos vecinos de esta ciudad, Basilio y Sigaro (3), reunieron un número de defensores; pero Eunio los cercó y atacó por varios lados á la vez, los derrotó y entrando en Poitiers, obligó á la poblacion á jurar fidelidad al rey.»

Los longobardos, que en el año 568 habian invadido la Italia, conforme veremos mas adelante al narrar la historia de este pueblo, no tardaron, segun la costumbre de todas las tribus bárbaras, en organizar expediciones de saqueo y de matanza á todas las comarcas vecinas que tenian delante. Someterse un país, por ejemplo la Italia, para fundar en él un Estado, prepararse á una lucha con el poder bizantino ó hacerse propicios á los reyes francos ó al Papa en Roma para obtener su apoyo en las citadas empresas, eran ideas que excedian de su horizonte intelectual. Esto basta por lo pronto para la comprension del relato del historiador de Tours, que sigue diciendo:

«Cuando los longobardos, penetraron en la Galia, marchó contra ellos el patricio Amato que hacia poco habia sucedido á Celso (4); pero fué derrotado, y tan grande matanza hicieron los longobardos, segun se cuenta, que no pudo saberse el número de los muertos. Cargados de botin volvieron á su país, y Eunio Múmolo reemplazó á Amato en su elevado cargo. Cuando despues los longobardos volvieron á la Galia y habian llegado ya hasta el lugar llamado Mustiæ-Calmes (5), cerca de la ciudad de Embrun, marchó contra ellos con las fuerzas borgoñonas; les cercó, les cerró todas las salidas con estacadas, troncos y malezas, y despues penetró en la misma selva intransitable donde habian acampado. Allí mató á muchos é hizo prisioneros á otros, enviándolos al rey, el cual los hizo guardar repartidos en diferentes puntos. Poquísimos consiguieron huir y llevar la noticia de su derrota á los suyos. En esta batalla tomaron parte tambien los dos hermanos Salonio y Sagitario; obispos ambos, el primero de Embrun y el segundo de Gap, y no lucharon con

(1) Luego hablaremos de los méritos que adquirió.

(2) Que habian tocado en suerte á Sigeberto.

(3) Quizás Siagrió.

(4) En la direccion superior militar de las fuerzas borgoñonas.

(5) Quizás *Les-Chanousses*, aldea cerca de Embrun.

la cruz celeste sino con armas mundanas, yelmo y hacha de guerra, y, lo que es peor, se dice que mataron á muchos enemigos.»

Es de suponer que estos dos obispos descendian de una familia patricia latina, y que para librar á su grey de las fieras humanas, y animar de paso con su presencia y ejemplo á los defensores del país, tomaron una parte tan activa en la batalla, como salieron todavía muchos siglos despues prelados y abades armados de hierro desde la cabeza á los piés y lanza en ristre á empresas guerreras por motivos mucho mas mundanos. Pero dejemos otra vez la palabra á nuestro historiador:

«Poco despues invadieron la Galia los sajones, que habian pasado con los longobardos á Italia. Aquellos acamparon en la comarca de Riez (en la Provenza), cerca de la hacienda de Estoublon, y desde allí devastaron todas las haciendas del país y se llevaron la gente prisionera. Al saberlo Múmolo marchó con sus fuerzas contra ellos, les encontró y mató muchos miles, hasta que la noche puso fin á la matanza, porque se habia echado sobre ellos por sorpresa. Por la mañana, sin embargo, los sajones volvieron á formarse en batalla para continuar la pelea; pero mensajeros de uno y otro campo consiguieron que se hiciese la paz. Los sajones restituyeron los prisioneros y el botin que habian hecho, enviaron además regalos á Múmolo, juraron volver á la Galia para vivir sometidos á los reyes y prestar á los francos el concurso de sus armas, y despues se retiraron otra vez á Italia, recogieron sus mujeres, hijos y lo que además tenian y se dirigieron de nuevo á la Galia para someterse al rey Sigeberto y alcanzar de él que los llevase al país que habian abandonado para marchar con los longobardos á Italia. Formáronse en dos masas, tomando la una el camino por Niza y la otra por Embrun, y se reunieron en el país de Aviñon.

»Era entonces la época de la siega y en aquella comarca tenian los habitantes el fruto todavía en el campo. Cuando los sajones llegaron á las eras se apoderaron del grano, le trillaron y le comieron, sin dejar nada á los que lo habian sembrado. Cuando nada encontraron ya para comer se acercaron al Ródano para pasarlo y establecerse en el reino de Sigeberto; pero se lo impidió Múmolo, diciendo: «No pasareis este río. Habeis devastado territorios del rey mi amo; habeis cosechado las mieses, degollado y devorado los ganados, incendiado las casas y arrancado los olivares y viñas. No pasareis sin indemnizar antes á los que dejais empobrecidos detrás de vosotros, y si no lo haceis, no escapareis de mis manos; mi espada caerá sobre vosotros, sobre vuestras mujeres é hijos, y vengará así el daño que habeis causado á mi amo el rey Gontram.» Esto los aterró y entregaron muchos miles de monedas, al parecer de oro, para librarse del castigo. Entonces les fué permitido el paso y llegaron al país de Clermont-Ferrand. Las supuestas monedas de oro eran chapas de bronce grabadas, y cuantos las vieron creyeron que eran de oro legítimo y afinado legalmente, porque tenían, no sé por qué artificio, el mismo color. Muchos quedaron pobres á consecuencia de este engaño, porque dieron valor de oro y recibieron en cambio bronce. Mas los sajones se dirigieron al rey Sigeberto y fueron establecidos en el país del cual antes habian emigrado (6).

»Esta invasion y tránsito de los sajones ocurrió en el año 572. Dos años despues, segun refieren Mario de Avenches y el continuador de Próspero (7), dos hordas de longo-

(6) A esto se referirán las victorias del rey Sigeberto sobre los sajones que Venancio Fortunato celebra en varias de sus poesías.

(7) Manuscrito de Copenhague, publicado por Hille.

delante por los de la ciudad con piedras, se dirigieron al Ródano, al cual se arrojaron sobre sus escudos para ganar la orilla opuesta. Muchos fueron arrastrados por la corriente y perecieron ahogados, y los que llegaron á la otra orilla regresaron sin sus monturas y vergonzosamente á su país.»

Para comprender aquellos tiempos, las ideas y móviles de aquellos hombres, es preciso conocer á fondo sus supersticiones y su crasa ignorancia acerca de las fuerzas naturales. Cuando estas fuerzas son favorables ó contrarias el bárbaro las atribuye á espíritus sobrenaturales buenos ó malignos, y en estas circunstancias figúrese el lector la confusión que debía engendrar en aquellos cerebros el cristianismo de la época con su Satanás, su legión de demonios y los milagros de sus santos. El hombre se veía continuamente asediado por poderes sobrenaturales que se disputaban su alma, los unos seduciéndole, espantándole, buscando medios para dañarle y perderle á él y á los suyos corporal y espiritualmente, y los otros, Dios y los santos, acudiendo á su auxilio algunas veces, pero castigándole durísimamente otras por faltas que el ignorante bárbaro no llegaba á comprender siquiera. Todos los fenómenos naturales que no se repetían con visible regularidad eran tenidos entonces por avisos y precursores de sucesos terribles que Dios enviaba para castigar en muchos los pecados de algun personaje ó de varios ó la impiedad general. Todas las supersticiones gentílicas griegas, romanas y celtas, los espíritus malignos, Odin ó Vodan, el duende germánico rudo que toma todas las formas para apalar, robar, dañar y contrariar al hombre, los gigantes malvados y los enanos maliciosos, pero bondadosos para los siervos y todos los que trabajan; las supersticiones judaicas y cristianas, todo esto formaba una confusión indecible no solamente en los cerebros rudísimos de los francos, sino en todos, sin exceptuar los eclesiásticos mas encumbrados.

Oigamos ahora otra vez á San Gregorio:

«Ocurrió en la Galia una cosa maravillosa con el castillo de Tauroduno (1), que estaba en la cima de una montaña junto al Ródano. Esta montaña, despues de un extraño ruido que se oyó durante sesenta dias en su interior, se desprendió de la inmediata y se derrumbó con las personas, iglesias, riquezas y casas en el río, cegando su lecho y haciendo refluir las aguas hácia arriba. Como en aquel punto el lecho estaba encerrado entre montañas precipitose el río saliendo luego de madre por aquella garganta, despues de inundar y destruir las tierras superiores. Al llegar las aguas á la altura del obstáculo se precipitaron abajo sorprendiendo á la gente, destruyendo las casas, ahogando á personas y ganados, y arbatando todo lo que encontraban en las orillas hasta la misma ciudad de Ginebra. Cuentan muchos que el agua llegó allí á tal altura, que invadió la ciudad pasando por encima de las murallas (2).

»Despues de esto vinieron treinta monjes é hicieron excavaciones donde se había hundido el castillo, y encontraron bronce y hierro. Estando ocupados en estos trabajos volvieron á oír el estruendo interior de antes, pero su codicia indómita los detuvo allí hasta que se hundió otra parte sobre

(1) Este lugar ya no existe, pero á juzgar por lo que refiere San Gregorio, no debía estar lejos de Ginebra.

(2) Véase cómo refiere el caso Mario de Avenches: «...En este año (563) se hundió la potente montaña de Taurodunum, en el país de Wallis, tan repentinamente que sepultó el castillo inmediato y las aldeas con todos sus habitantes é hizo salir de madre el lago en una longitud de 60 millas y una anchura de 20, destruyendo los establecimientos humanos mas antiguos con personas y ganados. También destruyó muchos lugares sagrados con sus moradores, se llevó el puente de Ginebra, los molinos y mucha gente, y hasta penetró en la misma ciudad, donde mató á muchas personas.»

ellos dejándolos muertos y sepultados, de modo que ni restos de ellos se han encontrado.»

«Igualmente precedieron á la calamidad (la peste) grandes y maravillosos señales que sembraron el terror en toda la comarca de Clermont-Ferrand, porque se vieron frecuentemente alrededor del sol tres y cuatro aros brillantes, que la gente rústica llamaba soles, diciendo: «Mira, en el cielo hay tres ó cuatro soles.» Una vez, en 1.º de octubre, se oscureció el sol tanto, que ni la cuarta parte quedó brillante, el resto estaba negro y erizado como un cilicio (3). También apareció una estrella de las que llaman cometas, con una cola como una espada, que brilló en aquel país todo un año, y el cielo parecía estar ardiendo. Otras muchas señales se vieron además: en la basílica de Clermont-Ferrand el ave Coridal, que nosotros llamamos alondra, apagó con las alas mientras se decía la primera misa cuantos cirios estaban encendidos, con tanta rapidez que ni la persona que los hubiese tenido todos reunidos en la mano y los hubiese sumergido súbitamente juntos en el agua, los habría apagado á la vez mas repentinamente. También quiso atravesar la cortina de la sacristía para apagar la lámpara que allí ardía, pero los ostiarios lo impidieron y mataron el ave. Otra ave hizo lo mismo con las lámparas encendidas en la basílica de San Andrés.

»Cuando (despues de tantas señales) vino la gran calamidad (la peste), causó tanta destrucción entre la gente de aquella comarca, que no pueden contarse las legiones que murieron, como que luego no hubo ni ataúdes ni tablas, y se enterraron en cada hoyo diez y mas cadáveres. En un solo domingo se contaron solamente en la basílica de San Pedro trescientos muertos. La muerte sorprendió á sus víctimas repentinamente. Formábase en las ingles y en los sobacos una llaga á manera de mordedura de serpiente, porque la ponzoña obraba con tal rapidez, que el atacado espiraba el segundo ó tercer día, y tanta fuerza tenía aquel veneno, que hacia perder los sentidos á las personas á quienes atacaba.

»Entonces murió también el sacerdote Caton, porque mientras muchos huían de la epidemia, él no se movió de su puesto, enterró á los muertos y dijo misa por cada uno de ellos. Hay que saber que este sacerdote era muy humano y amigo verdadero de los pobres, y esto creo yo ha salvado su alma aunque era al propio tiempo hombre de gran soberbia. El obispo Cautino, despues de haber recorrido muchas poblaciones por temor á la epidemia, regresó también á la ciudad y murió el Viernes Santo tan pronto como hubo llegado. A la misma hora murió también su primo Tetradio. Entonces la epidemia despobló mucho las ciudades de Lyon, Bourges, Chalons y Dijon.

»En aquella época vivía en el convento de Randans (4), en el territorio de Clermont-Ferrand, un sacerdote de grandísima virtud curativa, llamado Julian. Llevaba una vida de rara abstinencia; no bebía vino ni comía carne; llevaba cilicio sobre el cuerpo debajo de la túnica, nadie le ganaba en las vigilias y no se cansaba de rezar. Curaba con gran facilidad á los poseídos, devolvía la vista á los ciegos y la salud á toda clase de enfermos, invocando el nombre del Señor y haciendo la señal de la santa cruz. Por estar demasiado tiempo en pié, tuvo calambres en los piés y cuando le preguntaban por qué abusaba así de su fuerza, solía contestar en són de broma: «Han de trabajar mis piernas también, como yo, mientras no me falta su concurso y Dios me da vida.» Le hemos visto una vez curar á un poseído con una sola pala-

(3) *Sagum cilicium*, cilicio, manta de cerdas.

(4) La aldea existe todavía, pero el convento está destruido.

bra en la basílica de San Julian. Cuartanas y otras fiebres curó con frecuencia con sus oraciones. Pues bien, este santo varon pasó también en tiempo de la epidemia á mejor vida, á una edad avanzadísima y rico en buenas obras.

«Quiero contar igualmente lo que ocurrió entonces en un convento (de Burdeos), pero no diré el nombre del monje porque todavía vive, á fin de que si llega á sus manos esta obra, no se envanezca y descienda con esto de su altura. A este convento llegó una vez un jóven que solicitó del abad ser admitido en el claustro para dedicarse en adelante al servicio de Dios. El abad le hizo muchas objeciones, diciéndole que el servicio era allí muy duro y que de ninguna manera llegaría á cumplir todas las obligaciones que le impondrían; pero el jóven prometió que todo lo cumpliría haciéndolo en nombre de Dios. Así fué admitido. A los pocos dias, despues de haberse conducido santamente y con humildad, encargó al guarda de un monton de trigo que los monjes habían sacado del granero y puesto al sol para secarlo. Mientras ellos descansaban quedó el jóven solo junto al trigo, y entonces se ennegreció súbitamente el cielo y se desencadenó una lluvia y una tempestad deshechas empujadas en dirección del trigo por el viento. El monje (novicio) no sabía qué hacer, porque pensó que aunque llamara á los demás no podrían tampoco volver al granero, antes que llegara la lluvia, tan gran cantidad de trigo; y por esto lo dejó todo y se puso á orar, suplicando á Dios que no hiciera llover sobre el grano conñado á su guarda. Estando así postrado en tierra y orando, se rasgó la nube, y la lluvia cayó con furia alrededor del trigo, pero sin mojar ni un grano siquiera. Al ver venir la lluvia los demás monjes y el abad corrieron para entrar el trigo antes de que se mojara, y al llegar observaron el milagro, y buscando al guarda le encontraron á poca distancia, postrado en la arena y orando. Cuando esto vió el abad, postróse también detrás del monje; pero luego que pasó la lluvia y se acabó también la oración le mandó levantar y le hizo azotar diciéndole: «Has de crecer, hijo mio, con humildad en el temor y servicio de Dios, y no alabarte con tus milagros.» Siete dias le tuvo encerrado en una pequeña celda y le hizo pasar hambre como un culpable, para quitarle la vanidad, á fin de que no le malease. Ahora vive este mismo monje, segun sabemos por hombres fidedignos, con tanta humildad y abstinencia que en toda la cuaresma no prueba el pan y solo sorbe cada tres dias una copa de tisana (1).»

«Cuando el obispo Cautino murió en Clermont, segun hemos dicho hace poco, trataron muchos con gran afán de ocupar la vacante, á cuyo fin distribuyeron mucho dinero con promesa de dar mas. El sacerdote Eufasio, hijo del senador (patricio) Evodio, fué uno de ellos; compró de los judíos muchas alhajas y las envió por su pariente Beregisilo al rey, para lograr así el obispado á falta de otros méritos (2), porque si bien era de agradable y elegante trato, su conducta dejaba mucho que desear: emborrachaba en frecuentes banquetes á los francos y solo raras veces daba de comer á los pobres. Yo creo que no logró su intento porque en lugar de confiar en Dios, quiso alcanzar aquella dignidad por medio de los hombres, y también porque debía confirmarse lo que Dios dijo por boca de San Quinciano: «No nacerá de la familia Hortensio ningun individuo que gobierne la Iglesia de Dios.» Esto había dicho Quinciano contra Hortensio y su familia porque no pudo obtener de él perdón para uno de sus parientes.»

(1) Es decir, un cocimiento de raíces, cebada y jugo de regalaz.

(2) Otro hijo de Evodio, llamado Salustio, fué despues conde de Clermont.

San Gregorio refiere en sus *Vidas de los padres (Vite patrum)* este caso, que es muy interesante porque enseña cómo los obispos en aquella época querían imponer su voluntad á las autoridades legítimas en cosas exclusivamente civiles y cuando no lo conseguían maldecían en su ira á los que les resistían. Aquel Hortensio, primer magistrado del municipio de Clermont, cuando se dominó la sublevación de la ciudad y el gobierno castigó duramente á los comprometidos en el movimiento, hizo prender en la vía pública á Honorato, pariente del obispo, y sin motivo, segun San Gregorio. Tan luego como el obispo lo supo solicitó por medio de los amigos del magistrado que pusiera en libertad al preso despues de haberle tomado declaración; y habiendo recibido una constatación negativa, hizo llevar al sitio donde se hallaba encerrado el preso y excitó allí á los guerreros que estaban de guardia á que le soltaran, pero éstos no se atrevieron á faltar á su deber y á obedecer la orden del obispo. Entonces furioso el prelado se hizo llevar por sus criados delante de la casa de Hortensio, y allí sacudió el polvo de sus zapatos y dijo: «Maldita sea esta casa y malditos sean sus moradores para siempre; quedará desierta y nadie quedará para morar en ella.» Todo el pueblo dijo *amen*; luego añadió el obispo: «Señor, te ruego que no permitas que nunca llegue á ser elevado á obispo ningun miembro de esta familia, que no ha obedecido al obispo.»

Se ve que los obispos en la Galia estaban en buen camino para imponerse á la autoridad civil, como los prelados en el reino visigodo. No solamente el pueblo todo dijo *amen*, sino que el mismo San Gregorio, hombre tan ilustrado como recto, creyó que el descendiente de aquel magistrado no consiguió el obispado tanto á consecuencia de su simonía como por aquella maldición de un sacerdote y prelado que había excitado la tropa á faltar á su fidelidad y obediencia. Estos obispos y abades que á fuerza de azotes y ayunos hacían perder á otros la mas remota tendencia al orgullo, tenían, segun vemos, una soberbia inaguantable. Por lo demás, no hay ninguna noticia de que este magistrado maldecido ni los suyos padecieran la menor desgracia, fuera de la de haberse quedado su descendiente Eufasio sin el obispado.

Dejemos hablar otra vez á nuestro historiador:

«El arcediano Avito no hizo promesa alguna al clero reunido en la iglesia de Clermont con motivo de la elección del nuevo obispo, y no obstante fué elegido y enviado con el acta al rey. El primer magistrado de la ciudad, que era entonces Fermin, quiso impedir el viaje y la aprobación del rey; y si bien no fué él mismo con este objeto á la corte, envió allí á algunos amigos que suplicaron al rey aplazara por una semana la consagración de Avito, ofreciéndole en cambio un regalo de mil florines de oro; pero el rey no los admitió, y así obtuvo San Avito, elegido por el clero y el pueblo de Clermont, aquella silla episcopal. El rey le tenía gran cariño y le honró tanto, que hasta se apartó de los cánones y quiso que bendijera en su presencia (la mesa), «porque, dijo, quisiera recibir de su mano el pan consagrado.» Por esta misma razón fué ordenado también obispo en la ciudad de Metz (3). Ha resultado (4) varon eminente en todas las virtudes, justiciero para el pueblo, amparo del pobre, consuelo de las viudas y defensor poderoso de los huérfanos. El extraño que llega á su casa es tan bien recibido que cree encontrar en él un padre y en el país su patria. ¡Quiera Dios que

(3) A pesar de que los cánones prescriben que los obispos sean ordenados por un metropolitano en su propia provincia eclesiástica, cuya regla tampoco se observó con San Gregorio, que fué ordenado por Egidio en Reims.

(4) Murió en el año 594, poco antes de San Gregorio, para el cual había sido un paternal amigo. Véase: *Vite Patrum*, de San Gregorio.